

Aquí vereis timon, allí la quilla,  
Acullá diferentes materiales,  
Cuerpos van ahogados por la orilla  
De muchos caballeros principales,  
Que iban con el dicho Bobadilla  
Con prósperas riquezas y caudales;  
El rey perdió grandísimo tesoro,  
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navios (segun fama)  
Miraculosamente reservados,  
Dos dellos arribaron á la Ozama,  
De los embates graves mal parados,  
Donde la triste nueva se derrama  
Por parientes, por deudos, por criados;  
Y visto tan atroce perdimiento  
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podian ver rostros enjutos,  
Porque los ojos son manantiales,  
En lagrimas eternas resolutos  
Por el descurso destes funerales;  
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,  
Celebraron los hombres principales,  
Y porque fuese la razon notoria,  
En cuatro versos suman el historia.

Plangimus Indorum diris submersa procellis  
Corpora, jussa gravem non proferare viam.  
Non nocuit nobis longævus credere dicitis,  
Sed nocuit semper spernere consilium.

Llora nuestra compañía Nunca dañó sabio viejo  
Los primeros ahogados En el voto de concejo  
En la nueva monarquía, Cuando se da buena maña;  
Siendo antes avisados Mas no pocas veces daña,  
Que detuviesen la vía. El huir de su consejo.

#### ELEGIA IV.

Muerte de CRISTÓBAL COLON, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje,

#### EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria  
Poniendo su vivir en detrimento,  
En multitud de riesgos tan notoria  
Cuanto pare la guerra, mar y viento,  
Añade grandes colmos á su gloria  
Gozar después de buen acabamiento,  
Mayormente si en riesgos persevera  
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colon el almirante,  
Pues aunque con vejez y fatigado,  
Siempre quiso llevar mas adelante  
Aquel descubrimiento comenzado:  
Sin que mal tropezon fuese bastante  
A lo volver atrás de su cuidado,  
Y de tantas fatigas en ninguna  
Se consintió vencer de la fortuna.

Ahora pues conclusas las procelas,  
Y la soberbia grande del olaje,  
Al manso viento hizo dar las velas  
Con prevencion de buen matalotaje;  
Y en cuatro bien fornidas carabelas  
A tierra firme hizo su viaje,  
Para ver sus ancones y riberas,  
E illa costeano mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria  
En una variedad tan infinita,  
Su tercera venida fué sumaria;  
Pues casi por semejas se recita  
De cómo descubrió costa de Paria  
La Trinidad, Cubagua, Margarita,  
Hasta llegar al mar de Venezuela,  
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,  
Por puertos, por bahías, por ancones,  
En costa bajo llevan su derrota,  
Comunicando varias naciones,  
Que salian á ver la breve flota,  
Holgándose de sus contrataciones;  
Y en este tiempo ya se halló muestra  
De habelles visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda  
A Colon, por las causas repetidas,  
El capitán Alonso de Hojeda  
Recorria también estas partidas:  
Después del cual en blanco no se queda  
El capitán Rodrigo de Bastidas,  
Que siendo Colon preso vino aposta  
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,  
No juntos sino cada cual distinto,  
Descubren el ancon de Santa Marta,  
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;  
Rescataron de oro copia harta,  
La cual por no sabella no la pinto;  
Pasan el río de la Magdalena  
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas adelante,  
Pues de Uraba sacaron gran provecho;  
Mas Cristóbal Colon el almirante,  
Que no se contentaba con lo hecho,  
Llevó sus velas muy mas adelante,  
Pensando de hallar algun estrecho  
Que para mar del sur le diese vía  
Aunque para navios no le habia.

Para tomar la costa mas de veras  
A Jamaica van atravesando,  
Y conocida punta de Higuieras,  
Fueron la costa arriba navegando:  
Ven playas, ven ancones, ven riberas,  
La tierra de Veragua costeano,  
Y en estas dilaciones y desvios  
Perdieron de los cuatro dos navios.

Lo visto por los pasos ya contados,  
Por gran prolijidad no se replica,  
Mas vistos sus navios abromados  
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,  
Determinaron él y sus soldados  
De volver á la isla Jamaica,  
Faltos ya de salud y bastimentos,  
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías  
Dejando ya las bocas de los rios,  
Y aquellas enseñadas y bahías  
Con puntas peligrosas y bajos;  
Y habiendo navegado muchos dias  
En Jamaica meten los navios,  
Y porque no podian sostenellos,  
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente  
Hicieron los Colones su salida;  
Trataronlos los indios blandamente  
Y diéronles socorros de comida:  
Adoleció gran parte de la gente,  
Y toda se juzgaba por perdida;  
Colon investigaba muchos modos,  
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosísimo cuidado  
Con ningunos descuidos interpola,  
Y de vacilaciones rodeado  
Se quiso resumir en una sola,  
Que fué rogar á Mendez su criado  
Intente de pasar á la Española,  
En canoa de un palo que tomasen,  
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,  
Loables en los siglos venideros,  
Tuvo tan grandes riesgos por acetos  
A truco de salvar sus compañeros;  
Fióse de los mares inquietos  
Y de los infieles marineros;  
Muchos desconfiaban de su vida,  
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues, gente salvaje,  
En navio de una sola planta,  
Meten agua y algun matalotaje  
Para quien del peligro no se espanta;  
Favorezca Dios en el viaje,  
Que bien ha menester ayuda santa,  
Partióse finalmente con bonanza,  
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,  
Por imitar aquesta maravilla,  
A Colon le negaron obediencia,  
Apartándose del cierta cuadrilla:  
Siendo caudillos desta competencia  
Los dos hermanos Porras de Sevilla,  
Que por ir á la isla ya nombrada  
Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera  
Embarcose gran copia de soldados,  
Y al tiempo que iban ya de mar en fuera  
Algunos dellos fueron anegados;  
Tornaron á volver á la ribera,  
Del inquieto mar siendo forzados,  
Espadas y rodela en las manos  
Con temor de Colon y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra  
Las cosas que el contrario suyo piensa,  
Después que estos saltaron en la tierra  
Temian el castigo de la ofensa;  
Y ansi los ven poner en son de guerra  
Dispuestos á morir por su defensa;  
Alteraronse mucho los Colones,  
Reconociendo estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos  
Con espadas, rodela ó con lanzas;  
Los rebelados son acometidos  
Que de vencer tenían esperanzas;  
Mas con facilidad fueron vencidos  
Sin usarse con ellos de venganzas,  
Puesto que en los primeros desconciertos  
Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla  
De golpes que se dieron inhumanos;  
Fué poco mas sangrienta la batalla  
Después que ya vinieron á las manos;  
Y es esta la primera que se halla  
En Indias de cristianos con cristianos;  
Los indios, por los ver tan diferentes,  
Ya tenían en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,  
Y eran sus voluntades ya contrarias,  
Pues no venian á los aposentos  
A los ver y servir en cosas varias;  
Tampoco les traian alimentos  
Ni cosa de las cosas necesarias,  
Y para los volver mas á su mano  
Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,  
La cual salió tan bien como queria:  
Entendia por regla manifiesta  
Que la luna, segun astrologia,  
Por la sombra del globo contrapuesta  
Se habia de eclipsar en cierto dia,  
Y por ser el eclipse por entero,  
Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,  
Y dijo: «por no darnos alimento,  
Verná sobre vosotros pestilencia,  
La luna hará grande sentimiento;  
Y aquesta no será vana sentencia,  
Pues tal dia vereis el cumplimiento;  
Por tanto, si quereis salud y vida,  
Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;  
Y, el tiempo señalado ya venido,  
Pudieron conocer por cosa cierta  
Lo que Colon habia conocido;  
La luna dicen todos estar muerta,  
De cuya causa dan gran alarido;  
Y segun otras muchas veces vemos,  
Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdon á los Colones,  
Del pasado rigor arrepentidos;  
Acuden con preces y con dones  
Como si fueran dioses conocidos;  
Y así, pasadas estas turbaciones,  
Fueron bastante proveidos,  
Dándoles de comer sin interesse,  
Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendez sus intentos  
Por las ondosas aguas proseguia,  
Sin ver zozobras dellas ni de vientos,  
Que fuesen turbadores de su vía;  
Los indios muy alegres y contentos,  
Sin se cansar de noche ni de dia,  
Hasta que ya hicieron su llegada  
A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un rio descuberto  
Adonde se estuvieron refrescando,  
Y luego por buen orden y concierto  
Se fueron por la costa navegando,  
Hasta tanto que dieron en el puerto  
Adonde estaba Nicolas de Ovando,  
Al cual con la debida cortesía  
Dió Mendez los recados que traia.

Como bueno, fiel y vigilante,  
En contalle trabajos se desvela,  
Mas no sintiendo bien del almirante,  
Ovando concebía ser novela;  
Todavía, debajo buen semblante,  
Mandó llevarles una carabela;  
Mas dicen que no fué con intenciones  
De traer á la isla los Colones.

El Mendez, sospechando tal desvio,  
Como bien comedido y avisado,  
Compró de sus dineros un navio,  
De cosas convenientes pertrechado:  
El cual les envió con buen avio,  
Y la razon de todo lo pasado;  
Y despachado con matalotaje,  
El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,  
Con próspero suceso tomó puerto;  
Su prolijo viaje representa  
Escrito por buen orden y concierto,  
Ante los reyes, dando larga cuenta  
De lo mucho que habian descuberto,  
El riesgo que corrieron sus vasallos,  
Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,  
Como dicen acá de popa á proa,  
Por parecelle bien al rey guerrero  
Aquella lealtad digna de loa,  
Al Diego Mendez hizo caballero  
Con rentas, y por armas la canoa;  
Que suelen reyes dar honores tales  
A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas  
Que para los Colones enviaban,  
Tomaron las riberas conocidas  
Por los indios que dentro se tornaban  
Fueron con gran contento recibidas  
De los que sus socorros esperaban,  
Y por estar el mar todo quieto  
La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas  
Ayudados de vientos principales,  
Apártanse del puerto no sin penas  
De aquellos moradores naturales,  
Que los tenían ya por gentes buenas,  
Y casi que por hombres celestiales;  
Por la derrota pues de claro tino  
A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido  
Metió Colon su gente destrozada,  
Fué con aplauso grande recibido  
De toda la ciudad conmemorada,  
Y el buen comendador de comedido  
Lo quiso regalar en su posada;  
Vió sus haciendas, minas y cuadrilla,  
Y luego se partió para Castilla.

Embarcose con gracia del Ovando,  
Guió las velas ácia la Saona,  
Llegaron á Castilla, y en llegando  
Fué donde estaba la real corona;  
Recebiólo muy bien el rey Fernando,  
Y hizo gran caudal de su persona;  
Procuró de hacer su causa blanda  
Con pio de volver á su demanda.

Mas como ya de tan prolifas vias  
De salud se sintiese no bien sano,  
Ocupó su vivir en obras pias  
Con pia, liberal y franca mano;  
Y dende á poco dió fin á sus dias,  
Haciendo diligencias de cristiano;  
Y así se remató tan santamente  
La vida de varon tan escelente.

A gran admiracion, á gran espanto  
Pensando sus grandezas me provoco,  
Y su mayor loor en cualquier canto  
No se podrá decir esceso loco:  
Pues Castilla y Leon le debe tanto,  
Que cuanto puedo yo decir es poco;  
No procuró deleites ni gasajos,  
Mas sufridor fué grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,  
Que dicen descender de Lombardia,  
Severo, rojo, de peccoso gesto,  
Feroz en muchas cosas que hacia;  
Alto de cuerpo, pero bien compuesto  
En cuantas proporciones poseia,  
Varon en sus intentos fué notable,  
Y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:  
Don Fernando, que nunca fué casado,  
En letras, en virtud, insigne hombre;  
Don Diego, sucesor en el estado,  
De duque y almirante con renombre,  
Segun después dirá nuestro tratado,  
Con quien casó la gran doña Maria  
Que de la casa de Alba descendia.

Los funerales desta maravilla  
Honoran valerosos caballeros;  
Y no tan solamente de Castilla,  
Pero también de reinos extranjeros;  
Y dentro de las cuevas de Sevilla  
Lo hacen sepultar sus herederos,  
Y dicen que en la parte do yacia  
Pusieron epigrama que decia:

*Hic locus abscondit præclari membra Coloni,  
Cuius sacratum numen ad astra volat.  
Non satis unum erat sibi mundus notus, et orbem  
Ignotum præcis omnibus ipse dedit.  
Divitias summas terras dispersit in omnes,  
Atque animas caelo tradidit innumeras.  
Invenit campos divinis legibus aptos,  
Regibus et nostris prospera regna dedit.*

Este poco compás que ves encierra  
Aquel varon que dió tan alto vuelo  
Que no se contentó con nuestro suelo,  
Y por darnos un nuevo se destierra.  
Dió riquezas inmensas á la tierra,  
Innumerables ánim as al cielo.  
Halló donde plantar divinas leyes,  
Y prósperas provincias á sus reyes.

#### ELEGIA IV.

A la muerte de don DIEGO COLON, segundo almirante,  
donde ansimismo se cuentan otras muchas diversidades  
de cosas acontecidas en la Española después que murió  
don Cristóbal Colon.

#### CANTO PRIMERO.

Mi voz enronquecida se levante,  
Y avive lo posible sus acentos,  
Para que con heróica lengua cante  
Los varios y diversos movimientos,  
Que tengo de decir mas adelante,  
Y á vueltas de contentos descontentos;  
Pues no fué tan constante la ventura  
Que nos pueda vender hora segura.

Pues así como nuevas amistades  
No ponen su fiel muy en lo cierto,  
Nacen en tierras nuevas novedades  
Primero que se pongan en concierto,  
Hasta tanto que destas variedades  
Se hace quien las rige mas esperto,  
Do buen juicio y buenas intenciones  
Valen mas que Felinos y Jasones.

No condeno, lector, lo que barruntas,  
Ni me parecen mal estas escuelas,  
Porque con ley de Dios andando juntas  
Es, como dicen, miel sobre hojuelas;  
Pero si das razon á mis preguntas,  
Por ventura ternás dolor de muelas,  
Tornarás en hablar alguna pieza  
Rascándote sin gana la cabeza.

Si fuesen mas al claro mis razones,  
Venias á taparte los oidos,  
Tratando de jueces mocetones,  
Grandes de gorra, largos de vestidos,  
Que salen solemnissimos ladrones,  
Desvergonzados, sucios, atrevidos,  
Que no hallan en ley mas fundamentos  
Que sus antojos, gustos y contenidos.

Unos vienen con sed de los infiernos,  
Y tal que cosa no se les escapa,  
Otros con grandes cofres de cuaderos,  
Y son de necedades gran solapa,  
Y acontece tener buenos gobiernos  
Sin letras un varon de espada y capa,  
Porque su buen juicio le da ciencia,  
Con el temor de Dios y su conciencia.

Sin usar de ninguna demasia  
Podremos decir esto del Ovando;  
Pues con el santo celo que tenia  
Todo lo mal digesto hizo blando:  
Dichoso le llamaron aquel dia  
Y tiempo que en las Indias tuvo mando;  
Porque sin los reveses de malicia  
Se besaban la paz y la justicia.

Entonces, como ya dicho tenemos,  
Del todo se pasó con sus oficios  
La próspera ciudad donde la vemos,  
Con todas sus familias y servicios;  
Hicieron las casas con extremos  
De grandes y soberbios edificios  
Iglesia catedral de gran nobleza,  
Fuente y esclarecida fortaleza.

Renta se señaló para servilla  
A hombres que podian merecilla,  
Y fué don fray Garcia de Padilla,  
Franciscano, primer obispo della;  
No tomó posesion en esa silla,  
Por morir antes de venir á ella;  
Sucedióle Alejandro Geraldino,  
Varon romano y hombre della dino.

Desta isla no fué la menor pieza  
La Concepcion, que dicen de la Vega,  
Pues ella de por sí tuvo cabeza  
Do catedral iglesia se congrega;  
Fué don Pedro Suarez, el de Deza,  
El obispo primero que le llega,  
Hombre que de sus rentas tuvo largo,  
Y el primero que vino con tal cargo.

Fué la renta después menoscabada,  
Y porque ya cumplia que así fuese,  
Hicieron de las dos una manada  
Debajo de un pastor que las rigiese;  
Y fué prior, y de la Mejorada  
Primero que gozó del interesse,  
Dijose fray Luis de Figueroa,  
Varon á quien se debe mucha loa.

En estos sobredichos hemisferios  
Y por aquellos tiempos venturosos,  
Se fundaron insignes monasterios,  
Con santos y con dotos religiosos,  
En parte no vacante de misterios,  
Pues sucedieron casos milagrosos,  
Y mas en esta Vega que señalo,  
Noble por devocion del santo palo.

Y así fué la verdad, que en estos llanos  
Por ser de poblacion enoblecida,  
Mandaron el Colon y sus hermanos,  
En la segunda vez de su venida,  
Levantar una cruz á los cristianos,  
Planta de sanidad, árbol de vida:  
Fueron á ello doce marineros,  
Con otros tantos nobles caballeros.

Señalóles Colon una ladera,  
Opuesta por delante de su viso,  
Do se manifestaba muy afuera  
Un árbol bien compuesto, limpio, liso,  
De una hermosísima madera,  
Y tal en proporcion cual él lo quiso;  
Y dicen muchos que después ni antes  
No se hallaron plantas semejantes.

El Cristóbal Colon mandó hacella  
A honestos y devotos oficiales;  
Salió después de hecha cosa bella,  
Plantáronla los hombres principales;  
Postráronse después delante della,  
Presentes muchos indios naturales;  
Adorábala nuestra compañía,  
Después que la pusieron, cada dia.

Después de muchos dias, cierto dia  
Un indio hechicero y adevino  
Quiso, segun costumbre que tenia,  
Hablar con un espiritu malino;  
Alli, como la cruz reconocia,  
A sus invocaciones nunca vino.  
Hasta tanto que por camino vario  
Pasó después á otro santuario.

Hizo sus ademanes y semblantes  
Con un nefando y execrable canto,  
Quejose del por no le venir antes  
Habiéndolo llamado tiempo tanto;  
El diablo le dijo: «no te espantes,  
Que aquella cruz me da muy gran espanto;  
Por tanto quien contento me desea  
Póngala donde nunca yo la vea.»

El infiel bestial incontinente,  
Oída del demonio la respuesta,  
Hizo juntar gran número de gente  
Para quitar la cruz que estaba puesta:  
En lo cual trabajaron grandemente,  
Pero su vehemencia nada presta,  
Pues cuanto mas trabajo se ponía  
Mucho menos efecto se hacia.

Pues como no pudieron arrancalla,  
Tan grande muchedumbre como era,  
Determinaron luego de quemalla  
Con cantidad de leños y madera;  
Mas viaña quedar desta batalla  
Mas sana, mas lucida, mas entera;  
Al fin como bestiales engañados  
Pecaban con quedar maravillados.

Después que por los nuestros fué sabida  
Reliquia de tan gran manificencia,  
Hicieronle capilla recogida,  
Adonde se guardó con gran decencia;  
Y en estos nuestros tiempos es tenida  
En gran honor y grande reverencia,  
Y corren por el mundo cantidades  
Para salud de mil enfermedades.

Destos regalos pues están gozando  
Los desta isla ya bien proveida,  
Con el justo gobierno del Ovando,  
Medido por justísima medida;  
Y la ciudad entonces era cuando  
Se vido mucho mas engrandecida;  
Está su poblazon tan compasada,  
Que ninguna sé yo mejor trazada.

Pues por aquel lugar do la veis puesta,  
Que desde el rio hace las subidas,  
Es una llana mesa bien compuesta  
Con maravillosísimas salidas:  
En todas proporciones bien digesta,  
Amplias calles, graciosas, bien medidas;  
Es finalmente toda su postura  
Un peso y un nivel sin torcedura.

Ninguna cosa, por menor que sea,  
Hay en cualquiera parte de la via,  
Que desde un cabo á otro no se vea,  
Segun la retitud con que se guia:  
De norte á sur Ozama la rodea,  
Combátela la mar al mediodia,  
Con un roquedo tal y tan seguro,  
Que no puede formarse mejor muro.

Los que labraron casas con aviso  
Francisco de Garay es el primero,  
Después un frey Alonso fué del Viso,  
Comendador y noble caballero;  
Y el piloto Roldán, que nunca quiso  
Perder aqui renombre de tercero.  
El cuarto Joan Fernandez de las Varas,  
Con curiosidades harto raras.

Después por el concierto regulado  
Labraron otros muchos sus mansiones,  
Y á la boca del puerto memorado,  
Reparado de cubos y bastiones,  
Hay un castillo fuerte fabricado,  
Con pertrechos de grandes municiones,  
Y cualquiera bajel que alli se encierra  
Se puede descargar la plancha en tierra.

Alcaide del castillo que se tapia,  
Encima del fortísimo roquedo,  
Fué un hidalgo noble de prosapia,  
Dijose Diego Lopez de Salcedo;  
Después otro hidalgo dicho Tapia,  
El tercero después el buen Oviedo,  
Que es Gonzalo Fernandez, coronista,  
Que yo conocí bien de trato y vista.

Insanas furias de contraria gente  
Con gran dificultad pueden entrar,  
Porque ya por la parte del poniente  
La cerca potentísima muralla;  
Es limpio puerto, fondo suficiente,  
Riberas tan cabal quanto se halla,  
Con huertas, con jardines y heredades  
De frutos de cien mil diversidades.

Otras riberas hay por escelencia  
La tierra mas adentro, muy amenas,  
Porque ella tiene de circunferencia  
Trescientas y cincuenta leguas buenas;  
Los templos son de gran benevolencia,  
Pues frios ó calores no dan penas;  
Hácela sobre todo mas loable  
Estrella principal y favorable.

Porque todos los mas, alli nacidos,  
Para grandes negocios son bastantes,  
Entendimientos hay esclarecidos  
Eseogidísimos estudiantes;  
En lenguas, en primores, en vestidos  
No menos curiosos que elegantes,  
Hay tan buenos poetas, que su sobra  
Pudiera dar valor á nuestra obra.

Hay Diego de Guzmán y Joan su primo,  
Y el inclito canónigo Liendo,  
Que pueden bien limar esto que limo,  
Y estarse de mis versos sonriendo;  
Quisiera yo tenellos por arrimo  
En esto que trabajo componiendo,  
Y aun Arce de Quirós me fuera guia  
Para salir mejor con mi porfia.

Otros conocí yo también vecinos,  
Nacidos en el orbe castellano,  
Que en la dificultad de mis caminos  
Pudieran alentarme con su mano;  
Y son por cierto de memoria dinos,  
Villasirga y el doto Bejarano;  
No guiara tampoco mal mi paso  
El desdichado don Lorenzo Laso.

Hay linajes ilustres de varones  
Descendientes de grandes capitanes,  
Como son los Villorias y Lebrones,  
Agüeros y Verdecias y Bazanes,  
Los Avilas, los Vargas, y blasones  
De Mendozas, Manriques y Guzmanes,  
Con otros generosos que no cuento,  
A causa de faltar conocimiento.

Aquella nobilísima influencia  
Hace la gente grata, comedida,  
Con gracia, con facundia y elocuencia,  
Jamás á demasia convertida;  
Hay una natural magnificencia  
De gente forastera conocida,  
Pues alli sin dineros y sin renta  
En el punto que trajo se sustenta.

Quien entra por buen orden y concierto  
No lo dejan caer por ningun arte,  
En aquesta ciudad y en este puerto  
Ha tenido valor el duro Marte;  
Pues todos los que bien han descubierto  
De aquí salieron por la mayor parte,  
Y muchos en el tiempo del Ovando  
De cuyas alabanzas voy tratando.

El cual rigiendo varias condiciones  
Por vías justas, santas y discretas,  
Anacaona llena de pasiones  
Usaba todavía de sus tretas,  
Intentando mover rebeliones,  
Las cuales no pudieron ser secretas:  
Destos primeros fueron los higueyes,  
Con quien usó de rigurosas leyes.

Llana ya la provincia que se apunta,  
La dicha, con astucias no menores,  
Solicitó después crecida junta  
De muy grandes caciques y señores;  
Mas como su designo se barrunta,  
El Ovando prendió sus valedores,  
Y á ella, que sin fuerza ni conlito  
Confesó claramente su delito.

Conocia ser cosa conviniente  
Asegurarse guerra tan molesta;  
Mandaron ahorcar públicamente  
Esta mujer lasciva, deshonestas,  
Puesto que varonil, sagaz, prudente,  
Y á quien todos hacian grande fiesta;  
Dejó hija que dicen Aguaymota,  
No de sus condiciones muy remota.

Hacia mil asaltos Guarocuya,  
Con gentes y poder nada sencillo,  
Por ser Anacaona tia suya;  
Y fueron luego para destrulllo,  
Y para que la guerra se concluya,  
Diego Velazquez, y un Rodrigo Trillo,  
Y no valiéndole su valentia,  
Al fin murió la muerte que la tia.

Ovando, recelando los vaivenes  
Que causan estos tales movimientos,  
Conociéndolos ser flacos de sienes  
Y mudables á cualesquiera vientos,  
Tomó de los demás grandes rehenes,  
Que tuvieron en mas que juramentos;  
Venció los de Guahava Amiguayagua,  
Pobló pueblo en el lago de Jaragua.

Santa María Pacis la llamaron,  
O de la Paz en lengua castellana,  
Pues en ella las guerras acabaron,  
Y allí gozó de paz gente cristiana;  
Mas estos moradores se pasaron  
A la villa que llaman la Yaguana:  
Fué gente de valor y gran concierto,  
Y pasaron allí por ser buen puerto.

Luego la isla toda se dilata  
Aquí y allí con poblacion cristiana,  
Pobló Puerto Real, Puerto de Plata,  
Azua, Buenaventura, la Maguana:  
Aguahava, de quien atrás se trata,  
Ayaquino, con fin del Ayaguava:  
Es finalmente cosa muy notoria  
Que hizo hechos dignos de memoria.

Al tiempo que esta isla se gozaba  
Con el gobierno santo que tenia,  
El don Diego Colon en corte estaba  
Con su bella mujer doña Maria,  
Y con instancia grande negociaba  
El cargo que su padre poseia,  
Y el duque de Alba, príncipe potente,  
Favoreciale como pariente.

Pues como mucha priesa se le diese  
Al rey en estas cosas que discierno,  
Y también en memoria se tuviese  
Servicio de los tios y paterno,  
Al Ovando mandó que se viniese,  
Y al don Diego dejase su gobierno;  
La cual mudanza toda nuestra gente  
No dejó de sentir pesadamente.

Todos generalmente lo tuvieron  
Por persona cabal, santa, bendita:  
Comuniqué con hombres que lo vieron  
El tiempo de quien esto se recita:  
Conoció muchos que lo conocieron,  
Vecinos de Cubagua y Margarita,  
Como Rojas el viejo, y Villafraña,  
Riberos natural de Salamanca.

Fué hombre grave, pero tan modesto,  
Que no pasó de lo que convenia;  
Para cualquier trabajo bien dispuesto,  
Pues como buen soldado lo sufría:  
Caritativo, sabio, casto, honesto,  
Dignísimo del cargo que tenia,  
Y así mucho después desta partida,  
La muerte dél fué tal cual fué su vida.

El tiempo que en las Indias fué vecino  
Partió su renta con necesitados,  
Y así, para volver adonde vino,  
Buscó quinientos pesos empréstados  
Para matalotaje del camino,  
Y la comida dél y sus criados,  
Que fué para juez cosa muy nueva,  
Y de su buen vivir bastante prueba.

Es cosa que se vido raras veces,  
Y que podreis contar por maravilla,  
Venir hombres á Indias por jueces  
Y no llevar dineros á Castilla;  
Pues muchos en juguetes y helheces  
Gastan mas que demanda su costilla:  
Montó su sueldo quince, gastó treinta,  
Y al fin lo véis después con larga renta.

Por ventura vereis muchos varones,  
Que por los intereses que pretenden  
Están muy fuera destas opiniones,  
Aunque bastantemente las entienden;  
Pero si fueren vanas mis razones,  
Los bien intencionados las enmienden;  
Que si personas tales lo miraren  
Bien hallarán aquí donde reparen.

Aquí no vereis estos señalados,  
Sino por unos términos medidos,  
Los buenos por sus nombres alabados,  
Los malos en comun reprehendidos:  
Honro los que merecen ser honrados  
Reprehendidos perversos atrevidos,  
Que sin ley, y sin rey, y sin enmienda  
A cualquiera maldad sueltan la rienda.

Mas no paremos mas en este fuego,  
Que podía quemar al circunstante;  
Dejemos al Ovando con sosiego  
Y en gracia de sus reyes adelante;  
Digamos lo que resta de don Diego,  
Hijo de don Cristóbal, almirante,  
Y por poder echar mejor el sello  
Hagamos nuevo canto para ello.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida  
del audiencia real, y muerte de don Diego Colon.

Suelen parir cien mil inconvenientes  
Diversos pareceres en un seno,  
Donde hay parcialidades diferentes  
Lo bueno hacen malo, y malo bueno.  
De todos los pasados y presentes  
Envidia fué pestífero veneno;  
Los cargos y los prósperos caudales  
Andan acompañados destos males.

Pues como los jueces ya pasados  
Tuviesen diferentes condiciones,  
Tenia cada cual apasionados,  
Públicas y secretas aficiones,  
Y no todos estaban olvidados  
Del soberbio mandar de los Colonos:  
De manera que destos cambios hechos  
Algunos no quedaron satisfechos.

Mas don Diego Colon su via mueve  
Con fausto principal flota bastante,  
Y los cargos que el rey manda que lleve  
Que fueron de virey y de almirante;  
Y en julio de quinientos y mas nueve  
Entró por aquel puerto muy pujante  
Siendo con gran aplauso recebido,  
O ya fuese de veras ó fingido.

Desembarcóse con la compañía  
Que al cargo de virey era decente,  
Y su cabal mujer doña Maria  
De la gran casa de Alba descendiente:  
Grandes fiestas hicieron aquel dia  
Y muchos juegos mas en el siguiente,  
Demás de regocijos y alegrías  
Que duraron por mas de veinte dias.

Sacaron todos invenciones bellas  
Manifestando prósperos caudales,  
Porque vinieron damas y doncellas  
Generosas, hermosas y cabales,  
Que por haber entonces falta dellas  
Se casaron con hombres principales.  
Hubo toros, sortijas, juegos, cañas,  
En que se daban todos buenas mañas.

Ejercicios que saben bien usallos  
Por estos dichos puertos y fronteras,  
Do tienen abundancia de caballos  
Diestros en regocijos y carreras;  
Y así los amos como los vasallos  
Pueden ejercitallos en las veras;  
Mestizos, indios, negros y mulatos  
Siempre dan á caballos malos ratos.

Por recuestos, por cerros y collados,  
O por la rasa cumbre de la sierra,  
Se arrojan tras las vacas y ganados  
De que hay infinidad en esta tierra,  
Dejarretando toros madrigados  
Del bravo cimarron que no se encierra.  
Y en esto son tan hábiles y diestros  
Que pasarán do quiera por maestros.

Hacen esto con dejarretadera,  
Que es una media luna bien sacada,  
Con asta de fortissima madera  
Que con gran fuerza llevan enristrada;  
Y si ganados salen á carrera  
Derriban cantidad de la manada,  
Para solos los cueros que es hoy dia  
Una muy caudalosa granjería.

Dado pues fin á los recebimientos,  
Y acabadas las bodas y las fiestas,  
Por ocasiones, trampas, chismes, cuentos  
Que no faltan en tierras como estas,  
Iban creciendo mil desabrimientos  
Mil pleitos, mil demandas y respuestas,  
Y escribieron al rey algunas cosas  
Al don Diego Colon no provechosas.

No faltaban malsines y soeces  
Que las personas nobles revolviessen;  
Y como por gran número de veces  
Las tales á los reyes escribiesen,  
Vinieron licenciados por jueces  
Que en las apelaciones conociesen,  
Que fué, segun constó del apencia,  
Una manera de real audiencia.

Al fin que desta trama salió lienzo,  
Que no puede faltar en este suelo:  
Fueron tres licenciados su comienzo:  
Lucas Vazquez de Aillon y otro Marcelo  
De Villalobos, Juan Ortiz Matienzo,  
Al don Diego Colon ningun consuelo,  
Y á quien nunca jamás fué buen tercero  
Miguel de Pasamonte, tesoro.

Este con buenos celos ó pasiones,  
Y otros vencidos dellas ó por ruego,  
Escribieron al rey tales razones  
Que llamó por sus cartas á don Diego;  
El cual, vistas reales provisiones,  
Sin les poner escusa partió luego,  
Y en corte sus disculpas negociando  
A sus dias dió fin el rey Fernando.

En aquel tiempo pues que esto pasaba  
Por fin y muerte de los santos reyes,  
Fray Francisco Jimenez gobernaba,  
Las destas partes y las otras greyes;  
El cual en estas Indias deseaba  
Varones que guardasen santas leyes,  
Y así mandó venir en una armada  
Tres frailes dotos de la Mejorada.

De manera que en estos movimientos  
De tantos reinos y tan estendidos,  
Hicieron cuatro frailes dos conventos  
Que no fueron entonces mal regidos:  
Acá vinieron año de quinientos  
Y mil y diez y seis eran corridos:  
Había mucho antes gobernado  
Un Cristóbal Lebron, buen licenciado.

Después de tanta grita y embarazo,  
Que confunde los hombres mas cabales,  
El licenciado Alonso de Zuazo  
Llegó también con cédulas reales,  
No con menos poder ni menos brazo  
Para todas las causas criminales,  
Y para que tomase residencia  
A todos oficiales del audiencia.

Estos frailes y aqeste licenciado,  
Que con ellos mandaba juntamente,  
Con peso de razon y de cuidado  
Lo gobernaban todo santamente:  
El régimen andaba concertado,  
Cada cual se mostraba diligente  
En que se dotrinasen naturales,  
Y no se les hiciesen tantos males.

Estaba pues la isla bien regida,  
Aumentáronse casas y haciendas,  
Fué toda la ciudad bien proveida,  
Cesaron muchos pleitos y contiendas;  
Dieron muy buen ejemplo de su vida,  
Sin pretension de bienes ni haciendas,  
Como deben hacello religiosos  
A quien parece mal ser cudiciosos.

Que vanos edificios edifica  
Quien hurta castigando los ladrones,  
Reprueba con rigor la vida rica,  
Y allega las riquezas á montones;  
Decir que no forniquen y fornicen,  
Que huyan sin huir las ocasiones,  
Quitan al pecador donde tropieza,  
Y nunca guardan ellos su cabeza.

El cuidadoso gallo vigilante  
A sus debidas horas cantar quiere,  
Mas antes que dé voces y que cante,  
Sacude bien las alas y se hiera;  
Es menester que sea semejante  
Aquel que predicare y que rigiere;  
Dar voces, pero cumplé ser su vida  
Primero de vilezas sacudida.

Algunos si por bandos y recuestas  
Se llegan á mortíferas lanzadas,  
Muy poco sin estar las manos prestas  
Valdrian las palabras esforzadas;  
Pues, qué valdrán acá las bien compuestas,  
Estando buenas obras olvidadas?  
A bien librar el hombre que mas gana  
Será como sonido de campana.

Podria ser galán ejemplo nuestro  
Aquel que en Israel tuvo juzgado,  
Que porque de dos manos era diestro,  
Es en divinas letras celebrado:  
Así lo debe ser el buen maestro,  
A estas flacas gentes enviado;  
Que mueven las palabras vivos templos,  
Si van acompañadas con ejemplos.

Prosiguiendo los frailes sus intentos,  
Por el loable modo que solian,  
Dieron en remover repartimientos  
De hidalgos que en corte residian:  
Por ausencias y malos tratamientos,  
Que en miserables indios se hacian,  
De donde resultaron muchas quejas,  
Que á tales intereses son anejas.

Quando crecia pues aquesta saña,  
Que fué harto mayor que yo la pinto,  
Zuazo no se daba menos maña,  
Antes iba por orden no distinto:  
Y entonces ya gozaban en España  
Del bienaventurado Carlos quinto,  
Ante quien por palabras nada blandas  
Pusieron grandes pleitos y demandas.

Sus indios demandaba la cuadrilla;  
Pero ninguno fué restituído;  
Los frailes se volvieron á Castilla,  
Su Majestad se tuvo por servido  
Del tiempo que estuvieron en la silla,  
Con lo que mas habian proveído;  
Y los de la ya dicha competencia  
Contra Zuazo piden residencia.

Los émulo y duros querellantes  
Granjearon juez algo tirano,  
Mas él dió sus descargos tan bastantes,  
Cuanto los pudo dar un buen cristiano;  
Y así quedó con honra como antes,  
Puesto que de juez ninguna mano,  
Hasta después que por persona dina  
A gobernar pasó la Fernandina.

Fué pues de los tres frailes un colega,  
Figuerola, prior cerca de Olmedo,  
Que fué segundo obispo de la Vega;  
El otro fray Domingo de Quevedo,  
Que tuvo por prior San Joan de Ortega;  
Otro fray Bernardino Manzanedo,  
A quien el rey honró con premios largos,  
Y acabaron después con grandes cargos.

Tratando pues Colon por su presencia  
Sus pleitos en honor y en interese,  
El rey para venir le dió licencia,  
Sin que ninguna cosa concluyese.  
Con el reposo siempre de la audiencia,  
De los negocios que él mal proveyese,  
Que no le consentian un cabello,  
Y muy poco después les vino sello.

Llegado nuestro noble caballero  
Al puerto de la Ozama conocido,  
Aunque no con aquel fausto primero,  
De todos ellos fué bien recebido:  
Tuvo contentamiento mas entero  
La vireina de ver á su marido;  
Los años que contaron al presente,  
Fueron mil y quinientos y mas veinte.

No solamente voluntad sincera,  
Pero también los pechos descontentos,  
Amistad le mostraban verdadera,  
Sin puntas de pasados movimientos;  
Mas no fué su contento de manera  
Que pudiese huir desabrimientos,  
A lo menos por las rebeliones,  
Intentadas por negros cimarrones.

El caso sucedió por esta via:  
Los hombres de riquezas cudiociosos,  
Visto lo que la tierra prometia,  
Para mejor hacellos caudalosos,  
Dieron una grande granjeria,  
Que fué hacer ingenios poderosos  
Para moler azúcar, y el intento  
Ha venido después en crecimiento.

El inventor primero desta cosa,  
Que primero lo dió perfeccionado,  
Dicen que fué Gonzalo de Velosa,  
Varón por buenas letras estimado:  
De la cual granjeria provechosa  
Fué rico de caudal multiplicado,  
Y en este nuevo reino tiene nietas,  
En ser, valor y lustre muy perfetos.

Doña Luisa, otra Castianira,  
A quien Homero pinta soberana,  
La segunda se dice doña Elvira,  
Y la menor de todas doña Ana:  
Virtud, bondad, honor, aqui se mira;  
Belleza, discreción, vida cristiana,  
Casadas con ilustres caballeros,  
Y cada cual con muchos herederos.

Sus maridos, varones singulares  
Do quier que se mostró bética mano,  
Señalados por tierras y por mares  
Con virtud y renombre soberano,  
Son Avendaño y Gregorio Suarez,  
Y Anton de Castro, noble lusitano:  
Cuyas proezas grandes, Dios mediante,  
Confio que diremos adelante.

Pues el sabio Velosa persevera  
Haciendo dos ingenios escogidos,  
En Niguayen, y Aguate y su ribera,  
Del cual ejemplo muchos son movidos,  
Queriendo caminar por su carrera,  
Orillas de los rios conocidos:  
Como fué Pasamonte, tesorero,  
Y el secretario Diego Caballero.

Otro mucho mejor y mas pujante,  
Abajo del que tengo ya nombrado,  
Es del señor Colon el almirante;  
Otro hizo también Francisco Prado;  
Y no quiero pasar mas adelante  
Contando los que se han edificado,  
Porque, ponellos todos por escrito  
Seria proceder en infinito.

Destos cada cual es un señorío,  
Gentil y principal heredamiento;  
Tienen necesidad de gran gentío  
Para tener cabal aviamiento;  
Faltaba ya de indios el avio  
Por el universal acabamiento,  
De suerte que hay en estas heredades  
Negros en escevas cantidades.

Tienen la tierra tal cual se desea  
En temple y abundancia cosa rica,  
En grande aumento va cada ralea,  
Y con grande vigor se multiplica,  
Tanto, que ya parecen ser Guinea,  
Haiti, Cuba, Sant Joan y Jamaica;  
Destos son los Gilosos muy guerreros  
Con yana presuncion de caballeros.

Movidos estos desta lozania  
Y sobre gran acuerdo, se juntaron  
De la Natividad segundo dia,  
Año de veinte y dos que se contaron;  
Y luego con soberbia valentia  
Haciendas poderosas asolaron,  
Tanto que casi no dejaron rastro  
En la que fué de Melchior de Castro.

La furia destas furias mas se ceba  
Sin que dejen mamante ni pñante;  
El riguroso trance desta nueva,  
Con muertos españoles por delante,  
Con la priesa posible se le lleva  
A don Diego Colon el almirante,  
El cual con el calor que convenia  
Partió tras la proterva compañía.

Por atajar con brevedad los males,  
Recogió de soldados hasta ciento,  
Mas luego caballeros principales  
Fueron por le servir en seguimiento;  
Hallaron luego rastros y señales,  
Envueltos en rigor sanguinolento,  
Siguiéron las pisadas aquel dia,  
Hasta que ya la noche se venia.

En Nizao paró la compañía  
Por causa de la noche tenebrosa,  
Mas Melchior de Castro no dormia,  
Que por lo que llevaban no reposa;  
Hurtoso del real, siguió la via  
Que llevaba la gente belicosa,  
Con un criado suyo, que llevallo  
Quiso, por ser buen hombre de á caballo.

Colon, que luego supo la demanda  
Del que llevaba vivos los acresos,  
A Francisco de Avila le manda  
Que lo siga con ocho caballeros:  
Con tal que si topasen con la banda  
De los viles y bárbaros guerreros,  
Se los entretuviesen cuerdamente  
En tanto que llegaba con la gente.

En un camino ancho, bien hollado,  
Se juntaron los once que ya digo,  
Y brevecillo trecho caminado  
Sienten el escuadron del enemigo,  
De todas armas bien aderezado,  
Y no de centinelas sin abrigo,  
Con cuya grito cada cual despierto  
Se pusieron en orden y concierto.

Haben ostentacion de su presencia,  
Diciendo: « Viles, no tenemos miedo,  
Pues pensamos hacer la resistencia  
Como valientes hombres á pié quedo. »  
Fáltoles á los once la paciencia,  
Rompiendo con grandisimo denuedo  
Por aquel escuadron embravecido,  
Dejando cada cual uno tendido.

Con todos sus pertrechos y reguardos  
Se rehizo muy presto la compañía,  
Con infinitas flechas, lanzas, dardos,  
En qué se daban todos buena maña;  
Pero los once nuestros no son tardos  
En volver con furor de mayor saña;  
Fué la breve batalla bien reñida,  
Y al cabo los pusieron en huida.

El reencuentro concluso y acabado,  
Y el escuadron de negros ya vencido,  
El don Diego Colon llegó cansado  
Con presurosos pasos al ruido:  
Uno destos salió descalabrado,  
Y el Melchior de Castro mal herido,  
Pasada de los dardos una mano,  
Pero no tardó mes en verse sano.

Remediados aquestos desatinos,  
Tan necesariamente remediados,  
Poblaron las calzadas y caminos  
De negros por justicia castigados;  
Sosegaronse todos los vecinos  
Que estaban de temor sobresaltados,  
Y otros hubo después, aunque no luego,  
Que causaron mortal desasosiego.

Fué un Enrique pues, indio ladino,  
Que supo bien la lengua castellana,  
Cacique principal, harto vecino  
Al pueblo de San Joan de la Maguana:  
Usóse con él cierto desatino  
Por su mujer que fué también cristiana:  
Era gentil letor, gran escribano,  
Y en estas islas tuvo grande mano.

Por no poder templar la destemplanza  
De aquella pesadísima zozobra,  
Porque el honor que pierde tal usanza  
Para siempre jamás nunca se cobra,  
Vinole pensamiento de venganza,  
El cual efetuó con mala obra;  
Y así con principal gente de guerra  
Escogió lo mas fuerte de una sierra.

Esta sierra se dice del Bauruco,  
Cuyas cumbres son sumas en alteza,  
Piedras, matas, espinas, arcabuco,  
Allí hacen comun el aspeza:  
No romperá lombarda, ni trabuco,  
Las bravas espesuras de maleza;  
Tiene lago que boja su apariencia  
Catorce leguas de circunferencia.

Entremetido pues en estas breñas  
Para principiar el mal que piensa,  
Hizo canoas grandes y pequeñas,  
Formando su guarida mas estensa;  
Porque si discrepase de las peñas  
El agua le sirviese de defensa,  
Con otras infinitas prevenciones  
Que piensan fugitivos y ladrones.

Desde las asperezas desta sierra  
Su gran rebelion continuando,  
Hacia mil asaltos por la tierra  
Matando, destruyendo y abrasando;  
Ejercitó con gran valor la guerra,  
Con obra de cien indios de su bando,  
Y un su capitán dicho Tamayo  
Que para ningun mal mostró desmayo.

Eran los desafueros y los daños  
Sin querer perdonar cosa viviente,  
Libróse de celadas y de engaños,  
Sin sucedelle mal inconveniente;  
Y sustentó la guerra trece años  
Con harto deshonor de nuestra gente,  
Robaron crecidísimos caudales  
Con muertes de personas principales.

Admiranse, letor, entendimientos,  
De que cuando hallaron estos mares  
Varones poco mas de cuatrocientos  
Venciesen á millares de millares,  
Y temblasen agora de doscientos  
Tantas ciudades, villas y lugares;  
Mas entonces el hombre vaquiano  
No soltaba las armas de la mano.

No comia guisados con canela,  
No confites, ni dulces canelones,  
Su mas cierto dormir era la vela,  
Las duras armas eran los colchones,  
El almohada blanda la rodela,  
Cojines los peñascos y terrones,  
Y los manjares dulces, regalados,  
Dos puños de maíces mal tostados.

Abrir á prima noche las pestañas,  
Con ojo vigilante, claro, puro,  
Por ver lumbres de ranchos ó cabañas,  
A fin de saltéallos con escuro;  
Quebrándose los ojos por montañas,  
Do cualquiera pensara ser seguro,  
Y aunque mas se velasen los isleños,  
A media noche dalles negros sueños.

A tino caminaban y sin guias  
Por setecientos mil despenaderos,  
Y muchos tan destrísimas espías,  
Que nunca perros fueron tan rastrosos;  
De ramos se cubrían en los dias  
Si se mostraban rasos los oteros,  
De noche por quebradas y por rios,  
Hasta que ya topaban los buhios.

Fáltales muchas veces acogidas,  
Escepto las montañas y quebradas,  
Las aguas de los cielos muy crecidas,  
Las mas que viles ropas empapadas;  
De tierra repentinas avenidas  
Que escudos le llevaban y celadas,  
Y entonces, los no tales y los buenos,  
Quedaban con las manos en los senos.

Y estando sin espadas y rodela,  
Desnudos, en pañetes ó vestidos,  
Osaban cometer á centinelas  
De indios, que velaban advertidos;  
Y presas las escuchas ó las velas,  
Robarlos descuidados y dormidos,  
E ya, de los trabajos olvidados,  
Volvíanse contentos y pagados.

Podríamos en estos tales cuentos  
Gastar y consumir noches y dias,  
Refiriendo cien mil atrevimientos,  
Hechos, hazañas, suertes, valentias,  
Que solian hacer hombres hambrientos  
En los antiguos y pasados dias,  
Donde tullidos, cojos, mocos, sanos,  
Cada cual se valia de sus manos.

Mas ya no hallareis tales mozuolos,  
En escuela de Marte ni Minerva,  
Pues todos buyen destos desconuelos,  
Y dicen que las flechas tienen yerba;  
Hay hojaldres, pasteles y buñuelos,  
Hay botes y barriles de conserva,  
Hay cedazo, harnero, y hay zaranda,  
Y sábeles muy bien la cama blanda.

Por faltar pues entonces fuerte gente,  
Y usarse ya sonetos y canciones,  
El Enrique se hizo tan valiente,  
Saliendo siempre con sus intenciones;  
Andando pues el indio delincuente,  
Causando semejantes turbagiones,  
Y dando de valor bastante prueba,  
Al gran emperador llegó la nueva.

El cual, por atraer á su servicio  
Este venturosísimo tirano,  
Le perdonó cualquiera maleficio,  
Escribiéndole carta de su mano;  
Donde se le mostraba muy propicio,  
Si dejase furor tan inhumano,  
Y donde no, si punto se detiene,  
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,  
Porque el emperador así le llama;  
Mas ¿quién habrá que se la notifique  
En todos los confines de la Ozama?  
Porque demás de no tener á pique,  
Al dicho, tiemblan todos de su fama;  
Teníanlos por trabajosos lances,  
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia  
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,  
Hombre de gran valor y gran prudencia,  
A quien el riesgo fué de poco cebo,  
Habló con los señores del audiencia,  
Diciéndoles: «la carta yo la llevo,  
A mí me viene bien este viaje,  
E yo quiero hacer este mensaje.»

De percibir oferta semejante  
A los jueces altos no les pesa,  
Porque sabían ser hombre bastante  
Para tomar á pechos el empresa;  
Reconociendo dél de mucho ante  
Que no fué gavilán de poca presa;  
Y concordés en estos pareceres,  
Le dieron los recaudos y poderes.

Por la mejor manera que convino,  
Pertrechos necesarios proveídos,  
Seguía por la costa su camino  
Con treinta compañeros escogidos;  
Y dos meses gastó hasta que vino  
A descubrir los indios recogidos,  
Trastornando las cumbres y quebradas,  
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos días, cierto día  
En unas espesuras donde estaba,  
Todos los desta noble compañía  
Oyeron una hacha que cortaba;  
Tomaron por acechos ésta guía  
Que con temores grandes los guiaba,  
Y por vía de breñas importuna  
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,  
Dejando los demás en la zavana;  
Vió indios en canoas bien armados,  
Que le hablaron lengua castellana;  
De su venida fueron avisados,  
Y cuánto de la buena paz se gana,  
Que le llamasen luego su cacique,  
Y que bien sabían ser el don Enrique.

Sin muestra de ningún desasosiego,  
Los indios con temor ó con recato  
Dijeron no poder cumplir su ruego,  
Porque estaba de allí prolijato;  
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego  
Para se lo llamar cierto mulato,  
Y dadas las razones de quien era,  
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente  
En diferentes puestos y riberas,  
Quitáron los sombreros juntamente,  
Y el Enrique habló de sus laderas:  
«Pase vuestra merced seguramente,  
Que aquí le serviremos muy de veras.»  
Pasaron á la parte de sus tambos,  
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso  
Que frutos á la vista representa,  
Se sentaron entrambos de reposo  
A la sombra y frescor que les contehta;  
La carta del monarca poderoso  
Le dió con relación de larga cuenta,  
La cual consideró por larga pieza,  
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdón que represento  
Tuvieron sus demandas y respuestas,  
Usando de comun comedimiento  
A los cristianos hizo grandes fiestas;  
Hizo de capitanes llamamiento,  
Diciendo: «buenas bulas son aquestas,  
No cumple ya dejallas de la mano,  
Pues las envía rey tan soberano.»

Vinieron todos con brazos abiertos  
A bien que tanto bien les ofrecía;  
El don Enrique hizo los conciertos  
Con la seguridad que convenía;  
Dejó las asperezas destos puertos,  
Volvióse do primero residia,  
Su vida fué después vida segura,  
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos,  
El negro Lemba fué principalmente  
Que juntó negros mas de cuatrocientos,  
Acudillándolos varonilmente;  
Fué negro de perversos pensamientos,  
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,  
Y en su rebelión de muchos años  
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,  
En todas sus astucias otro Davo,  
En el asalto de cualquier entrada  
Diligente, feroz, cruel y bravo;  
Y en este nuevo reino de Granada  
Tuve yo nieto suyo por esclavo:  
Muchacho, pero tales sus costumbres,  
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas había dél seguras  
Por ser lobo cerval de gran destreza,  
En embustes, marañas, travessuras,  
En astucias, cautelas y viveza:  
Una de las mas malas criaturas  
Que creó que formó naturaleza,  
Y antes de reventar mas demasias  
Agua rápida dió tin á sus días.

Sus fines no causaron desconuelo,  
Antes su desventura fué propicia;  
Pues si viviera mas este mozuelo,  
Segun iba creciendo su malicia,  
Venciera las maldades del abuelo,  
A quien después mataron por justicia;  
Alzóse después dél un Joan Vaquero,  
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,  
Cuya gran pesadumbre fué notoria,  
Hubo soldados diestros y varones  
Dignísimos por cierto de memoria;  
Pues allanaban estos tropezones  
Gozando de grandísima vitoria,  
Haciendo siempre lances principales  
En aquestos guerreros infernales.

Uno destos que vamos relatando  
Aunque con pluma ya poca liviana,  
Se decía Fulano Villalpando,  
A quien llamaban barbas de zavana:  
Para cualquier trabajo nada blando,  
Rojo, de proporción algo mediana,  
Pero por bosques, cumbres, montes agros,  
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado  
Podríamos hacer bien larga sarta;  
Destos Joan Freyle fué muy afamado;  
Y en ver y rastrear viveza harta  
Un Joan Rodriguez, otro buen soldado,  
Que yo traté después en Santa Marta,  
Un Joan, canario negro, con su perro,  
Que casi de razón no tuvo yerro.

Otro buen capitán, hombre bastante  
En la misma sazón, se dijo Vera,  
Que ninguno pasó mas adelante  
En la dificultad desta carrera;  
Pero volvámonos al almirante,  
Que grandes ratos ha que nos espera;  
Y á él también esperan desafueros  
Que fueron de su vida los postreros.

Estaban los vecinos sosesgados,  
Quietos en sus casas y viviendas;  
Mas como donde quiera que hay letrados  
No pueden faltar pleitos ni contiendas,  
Variedades, procesos fulminados  
Tocantes á personas y haciendas,  
En las furias del cual desasosiego  
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternales  
Procuran los oidores despojallo:  
Las causas y principios destos males  
Por no sabellos bien aquí le callo;  
Mas las informaciones fueron tales  
Que el gran emperador mandó llamallo,  
El cual con obediencia comediada  
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,  
Tuvo con el fiscal grandes letijos,  
Anduvo no sin grande diligencia,  
Y con enojos mas que regocijos;  
De donde resultó grave dolencia,  
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos  
Partió de los trabajos deste suelo:  
Délé Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,  
De gratas y de nobles condiciones,  
En miembros antes alto que mediano,  
Gentiles y bien puestas proporciones;  
Murió como católico cristiano,  
Acompañándolo santos varones;  
Dió fin á sus trabajos y tormentos  
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,  
Cristóbal y Luis el heredero,  
Que vimos suceder en el estado,  
Gentil y cortesano caballero;  
Puesto que por mujeres derramado,  
Y en se saber valer no muy entero,  
Por no dejar aqueste quien herede,  
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireína sintió por maravilla  
El fin del marital contentamiento;  
Si grandes llantos hacen en Castilla,  
En Indias increíble sentimiento;  
Fueron también las cuevas de Sevilla  
Depósito del tal enterramiento,  
Y allí donde sus miembros fueron puestos  
Dos dísticos pusieron como estos.

*Hic maris Indorum profectus conditur ille  
Ad quem pro meritis sua inimica fuit.  
Munera percepti vivo concessa parenti:  
Aut cum divitiis tristis fato simul.*

Aquí yace el almirante De la nueva monarquía, A quien, si hado podía, Lo puso menos delante De aquello que merecía.	Herédó, según los tales, Los oficios paternales; Pero con taules vaivenes, Que en la herencia de los bienes También heredó los males.
---	---

ELEGIA VI.  
A la muerte de JOAN PONCE DE LEON, donde se cuenta  
la conquista del Boriquén, con otras muchas particu-  
laridades.

## CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa  
Grandes cosas en versos apacibles,  
Desea perfección en su promesa,  
Con muertes de varones invencibles;  
E ya Joan Ponce de Leon dá priesa  
Con hechos que parecen imposibles;  
Pues tuvo, como fué cosa notoria,  
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino  
A la Belona fiera y á sus artes,  
Y con el gran Colon hizo camino  
Debajo de guerreros estandartes;  
En aquella segunda vez que vino  
A los descubrimientos destas partes,  
Señaló grandemente su persona  
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,  
Por Nicolás de Ovando fué justicia,  
Donde por indio que habló de vista,  
Del rico Boriquén tuvo noticia;  
Pidió con gran instancia la conquista,  
Por ser empresa digna de codicia;  
Ovando se la dió, y á muchas gentes  
Conduñas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía  
Había caballeros generosos,  
Señaladísimos en valentía,  
De mayores empresas codiciosos:  
Así cada cual dellos pretendía  
Conduña de gobiernos honorosos,  
Para mejor probar su fuerte diestra,  
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina  
De dar do se conquiste gente rica:  
A Velázquez le dió la Fernandina,  
Y al capitán Garay á Jamaica;  
Ser desto cada cual persona dina,  
Por larga prueba ya se certifica,  
Y al Ponce de Leon, con largo mando,  
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados  
Se suele computar altura deste;  
Los diámetros tienen prolongados  
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;  
Rodéala por puntas y por lados,  
De belicosa gente brava hueste;  
Hecho y fama tiene de guerrera,  
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvíos  
De los Hayties ya conmemorados;  
Van por su medio montes poco frios,  
Porque los aires son todos templados;  
Vierten á todas partes dulces ríos,  
Cuyas arenas son granos dorados,  
Sus recodos, remansos, vertederos  
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,  
Que mas que todo agua multiplica,  
Mas al oriente corre Tainabone,  
Cuyas vertientes son de tierra rica;  
Otro también se llama Bayamone,  
Y el que nombró Luisa la cacica,  
Camuy, Culibrimas, y el Aguada,  
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguez al sur hace su playa,  
Y allá sus aguas Coriguex derrama,  
Al oriente demora Baramaya,  
Jacagua, y el que dicen de Guayama;  
Maoao, Guayaney y Guibayana,  
Menos ricos que otros, según fama,  
Pero ninguno dellos falto de oro,  
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada  
Su gente con poderes que le dieron,  
En seguimiento fué de su jornada,  
Con lenguas de Hayti que lo siguieron;  
Y porque por San Joan fué su llegada,  
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;  
Desembarcó la gente que traía  
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,  
Para tales designios conveniente;  
Gran cantidad de indios ven delante,  
Que salen á mirar la nueva gente,  
Pacífico mostraban el semblante,  
Sin muestra ni meneo diferente,  
El rey Aguéibaná también venía  
Con una madre vieja que tenía.

Llegaron á la playa conocida,  
Hablaron á la gente que llevaba,  
Regocijéronse con la venida,  
Segun en los aspetos se mostraba;  
Y con las mismas muestras los convida  
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,  
Diciéndoles venir aquellas gentes  
Para ser sus vecinos y parientes.